



Photo by Steve Johnson on Unsplash

T.
TRAZOS

Es costumbre en el Perú que las fiestas cívicas y religiosas sean motivo de unión y regocijo. Responde a una necesidad de bienestar, de vivir en armonía a pesar de nuestra diversidad y desajustes. O, incluso, merced a ellos. Por eso solemos hacernos promesas para curar heridas históricas, colocar ofrendas de reconciliación entre hermanos y consagrar homenajes a santos o héroes con ánimo de emularlos. La gastronomía y el deporte, en la última década, parecían señalar un camino de concordia hacia la constitución de un país pródigo en tradiciones y valores.

Y precisamente en estos últimos años, cuando aguardábamos celebrar la gran festividad nacional del bicentenario, cuando tantas organizaciones públicas y privadas, educativas y culturales, diseñaban programas conmemorativos como una oportunidad histórica para reflexionar sobre nuestra historia y trazar un proyecto a futuro, nos sobreviene un descalabro multisistémico. A doscientos años de la independencia, el organismo del Perú sufre un aluvión de trastornos que nos estremecen.

Nuestras heterogéneas sociedades padecen, en desigual escala, el cataclismo de una pandemia mundial que ha provocado —y develado— una delicada crisis sanitaria, sacudida por una réplica de sismos de gran intensidad en las áreas de la economía, la educación y la política. Tan severas que por momentos sentimos haber extraviado la aguja de una imaginaria brújula del sentido común. ¿No estábamos en vísperas de un hito histórico para proponer juntos el país que queríamos? ¿No íbamos a emprender el camino para hacerlo realidad?

De pronto parecen olvidadas las inmensas deudas adquiridas a lo largo del sacrificio de nuestros pueblos, liderados por ilustres peruanos. Desde Túpac Amaru y Micaela Bastidas hasta José Olaya, desde Juan Santos Atahualpa y María Parado de Bellido hasta Hipólito Unanue. ¿Cómo mirar a la cara a nuestros próceres de la independencia si no salimos de este vórtice? ¿De qué modo defender la historia y la cultura de

este país que, como dice Marco Martos en un poema, “si tuvieras que hacerlo, / lo elegirías de nuevo / para construir aquí / todos tus sueños”.

Desde este espacio creemos que el colegio y la universidad son escuelas de equidad y tolerancia, de respeto a las instituciones y las autoridades, de responsabilidad al trabajo y al bien común; por esos motivos —en consonancia con la gestión mostrada por la Universidad de Lima durante la pandemia— hemos continuado la labor artística e intelectual de la revista *Lienzo*, elaborando un número que reflexione sobre el Perú para ahondar en su conocimiento y sensibilidad. Repasemos el índice. Los caminos que nos señalan los poemas de Ana Varela y las prosas de Victoria Guerrero van desde las geometrías sagradas y los incendios de nuestra Amazonía hasta unas notas *en papeles caídos por casualidad*, que se observan a sí mismos con rigor y fingida quietud. Los ejercicios de apariencias, entre la introspección y los delirios, esta vez sobre la firma personal, que permiten entrever el espectro del poeta Carlos López Degregori.

Los estudios de Óscar Quezada Macchiavello y Ghislaine Delaune-Gazeau, en torno a Julio Ramón Ribeyro y José María Arguedas respectivamente, nos sitúan en dos escenarios disímiles, la metrópoli y la provincia, en procura de desentrañar ciertas conductas matrices desde una narrativa del poder. En ambos casos, los intereses subalternos y la discriminación revelan pulsiones nefastas. Por otro lado, volver a la *Nueva crónica y buen gobierno* de Guamán Poma de Ayala y al yaraví liberador de Mariano Melgar, bajo las miradas de Rocío Quispe-Agnoli e Inés Liliana Ramírez Durand, es reencontrarnos con la conciencia fundadora de una nación arraigadamente mestiza. Los indispensables reconocimientos a un maestro de la selva peruana de parte de sus nietos Carlos Roldán y Luis Roberto Del Águila Chávez, y a la trayectoria orillada del músico Kike Pinto, gracias a la extraordinaria entrevista de Carlos Maza, son homenajes muy merecidos.

Finalmente, al centro de la revista, la emblemática figura de un “Cóndor custodio del arte tradicional”, a través de un diálogo con John Alfredo Davis y una muestra fotográfica de María Gracia Echevarría. De este modo nos complace cumplir con las propuestas que ofrecimos en esta segunda época de la revista, hace ocho años: hemos incrementado las voces femeninas y fortalecido la presencia de temas nacionales, así como ampliado la cartografía de las disciplinas. Siempre es motivo para agradecer a cada uno de los colaboradores y también a usted, amable lector, que abre con afecto y expectativa estas páginas.